

# Aguafuertes de Semana Santa

**El argentino Roberto Arlt (1900-1942) nos dejó en sus *Aguafuertes españolas* (1936) unas imágenes tan sorprendentes de Cádiz, Granada, Tetuán y Sevilla, que uno echa en falta una edición andaluza que rescate para los lectores contemporáneos este fastuoso libro de viajes.**

POR FERNANDO IWASAKI

En su memorable *Respiración artificial* (1980), el argentino Ricardo Piglia fantaseó una conversación entre dos críticos novelescos —Renzi y Marconi—, que le permitió a Piglia colar de matute una opinión que ha adquirido carta de ciudad en la literatura argentina: «De modo que Borges es anacrónico, pone fin, mira hacia el siglo XIX. El que abre, el que inaugura, es Roberto Arlt. Arlt empieza de nuevo: es el único escritor verdaderamente moderno que produjo la Argentina del siglo XX». Como todos los grandes escritores, Piglia se inventó su tradición y por eso rescató la figura de Roberto Arlt: para enfrentarlo a Borges y reclamarlo como su maestro.

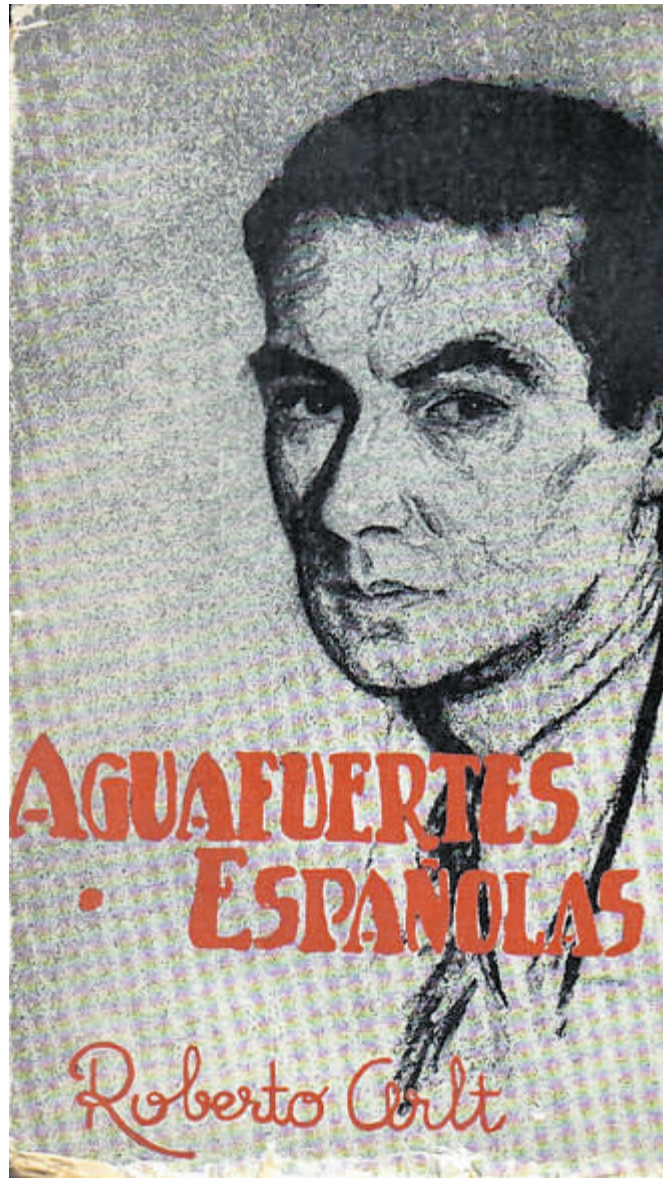
Vuelvo a glosar *Respiración artificial*: «Para Arlt la lengua nacional es el lugar donde conviven y se enfrentan distintos lenguajes, con sus registros y sus tonos. Y ése es el material sobre el cual construye su estilo. Éste es el material que él transforma, que hace entrar en la “máquina polifacética”, para citarlo, de su escritura. Arlt transforma, no reproduce. En Arlt no hay copia del habla. Arlt no sufría de esa ilusión que abunda entre los escritores que rodean a Borges, como Bioy, Peyrou, el primer Cortázar, que por un lado escribían “bien”, pulcramente, con “elegancia”, y por otro lado mostraban que podían transcribir y copiar el habla pintoresca de las clases “bajas”. El estilo de Arlt es una masa en ebullición, una superficie contradictoria, donde no hay copia del habla, transcripción cruda de lo oral. Arlt entonces trabaja esa lengua atomizada, percibe que la lengua nacional no es unívoca, que son las clases dominantes las que imponen, desde la escuela, un manejo de la lengua como *el* manejo correcto; percibe que la lengua nacional es un conglomerado... Por otro lado, Arlt se zafa de la tradición del bilingüismo; está fuera de eso, Arlt lee traducciones. Si en todo el XIX y hasta Borges se encuentra la paradoja de una escritura nacional construida a partir de una escisión entre el español y el idioma en que se lee, que es siempre un idioma extranjero...,

Arlt no sufre ese desdoblamiento entre la lengua de la literatura que se lee en otro idioma y el lenguaje en el que se escribe... Arlt viene entonces desde un lugar que es totalmente *otro* lugar de ese desde el cual se escribe “bien” y se hace “estilo” en la Argentina. No hay nada igual al estilo de Arlt; no hay nada tan transgresivo como el estilo de Roberto Arlt... Ese estilo de Arlt, hecho de conglomerados, de restos, ese estilo alquímico, perverso, marginal, no es otra cosa que la transposición verbal del *tema* de sus novelas. El estilo de Arlt es su ficción. Y la ficción de Arlt es su estilo: no hay una cosa sin la otra».

He creído necesario citar a Piglia *in extenso*, primero, porque no es habitual hallar dentro de la ficción reflexiones de semejante ambición filológica y —segundo— porque en las aguafuertes sevillanas de Roberto Arlt se funden —como en un crisol— la «masa en ebullición», el «estilo alquímico» y la Semana Santa como «máquina polifacética». Ahí radica la originalidad de la visión de Arlt: en que la Semana Santa sevillana resulta narrada en el mismo tono y registro de *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *El criador de gorilas* (1941).

Roberto Arlt visitó Sevilla durante la primavera de 1935 y contempló fascinado los preparativos de la fiesta, desde la decoración de los pasos hasta los detalles más cutres de la conversión de las casas familiares en pensiones turísticas: «Desde lejos se reservan habitaciones. Pagan mitad de pensión durante el plazo que no las ocupan. Se habilitan para los huéspedes cuartujos imposibles, triángulos bajo las escaleras, espeluncas junto a las cocinas. Manos espesas de cal, borran los rastros de vejez. Las pulgas huyen espantadas en todas direcciones, los perros pipones merodean desconcertados por los patios de esas casas vueltas patas arriba».

Hijo de madre italiana y padre prusiano, Roberto Arlt fue educado entre la severidad familiar y la sobriedad del cristianismo porteño, de ahí que la Semana Santa sevillana se le antojara totalmente oriental: «El programa de festejos es vas-



Cubierta de «Aguafuertes españolas» (Buenos Aires, 1936)

to como corresponde a la liturgia católica, enraizada a través de la imaginación del moro cristianizado, pero en sustancia, árabe hasta el tuétano». Así, al ver caer las flores de los balcones y al escuchar los redobles «siniestros y frenéticos» de los tambores, anotó convencido: «¡Es magnífico y terrible! ¡El esplendor de Arabia en Sevilla, la opulencia de Asia en Europa!».

Después de seguir los pasos de Los Estudiantes, Gran Poder, Estrella, Macarena, Esperanza de Triana y El Cachorro,

**Según Roberto Arlt, durante la Semana Santa de 1935 llegaron a Sevilla seis mil turistas diarios, quienes dormían en zaguanes, en cocinas y hasta debajo de los triángulos de las escaleras**

Roberto Arlt arriesgó una dura opinión de la religiosidad popular: «El católico español es apasionado por la liturgia e ignorante del dogma. Cierto. El pueblo se apasiona por la liturgia suntuosa, colorida, musical, que rodea a sus imágenes, lo cual no le impide, aquí en Sevilla, al regreso de un “paso”, entrar a una taberna a reponer fuerzas, dejando la imagen en la calleja por la que desfila, al cuidado de los guardias civiles, a los que generosamente también le alcanzan cuartillos de aguardiente». Sin embargo, Arlt fue capaz de reconocer en medio de todas esas sensibilidades, aquella autenticidad con la que —según Piglia— construía su estilo, sus temas y sus ficciones: «Lo sabroso del sentimiento, le quita valor a las formalidades que en otro país, escandalizarían al creyente. Y si alguien duda de lo que afirmo, piense que en este culto litúrgico, habitualmente popular, radica el éxito de la Semana Santa de Sevilla».

En efecto, nadie como Roberto Arlt describió mejor la corte de los milagros de nues-

tra Semana Santa: «El suelo está sembrado de cortezas de avellanas y caparazones de langostinos. Un estrépito infernal sopla su fuelle en todas las calles. Fabricantes de churros han instalado carpas en las plazas y bocacalles, y hasta altas horas de la noche frien en sus enormes cacharros de los que se desprende una rígida columna de humo grasiento. Voces. Voces infatigables. Gritan los vendedores de corujos, maníes, roscas, mariscos, patatas fritas, avellanas, jeringos, pasteles, agua; gritan los vendedores de helados, bollos, bocadillos, barquillos, torrijas y guindas; circulan entre la multitud voceando su mercancía y haciendo crujir sus cestas, cajones, bandejas y palos, los fotógrafos ambulantes, los corbateros, los lustrabotas, los niños harapientos, los ciegos que tocan la guitarra, los pañueleros, los globeros y los vendedores de pirulines. Los órganos, financiados por cojos y mancos, lanzan al aire sus chotis, y pasan mujeres con peinetas fabulosas y mantillas pegadas a las ondulaciones de sus preciosos costados, y también pasan ingleses, americanos, familias de gallegos, alemanes con pantalón de golf, norteamericanos con suéter, gitanos con un perro, un caballo rengo y un mono de ancas peladas, y también pasan curas, hermanos de cofradías con el capirote en la mano. El caos, el disloque». No hace falta ser Ricardo Piglia para advertir que estamos ante una borgeana «enumeración caótica», aunque Arlt la escribió mucho antes que Borges la inventara.

Las viñetas sevillanas de Roberto Arlt terminan con un elogio a la mantilla y la hermosura de las mujeres: «Uno se pregunta si será realmente inagotable la belleza femenina en Sevilla. Los vestidos más estudiados por los modistos, carecen de la gracia de este severo atavío de mantilla cuando enfunda lo que lleva adentro... Hay un instante en que la sensibilidad se embota, fatigada por la rapidísima sucesión de tanta hermosura. Porque no son ni cien ni mil, sino varios miles de mujeres, todas las mujeres de Sevilla en la calle, a la misma hora, con el mismo traje, la misma peineta, la misma mantilla, los mismos claveles. Forman grupos de estatuas enlutadas, perfumadas, que caminan, volviendo al soslayo los ojos relampagueantes, los arcos de las cejas como trazados con un compás, la frente abombada, la mantilla flotante en torno de los hombros».

Aguafuertes de Semana Santa, como juguetes rabiosos.